

Sobre los Pasos de San Vicente

Pedro Opeka, C.M.

En este lugar prestigioso que es la Unión Europea, nosotros queremos testimoniar hoy la fuerza espiritual de San Vicente de Paúl y de su carisma tan particular. Su compromiso, sus ideas, sus gestos de amor al servicio de los más pobres, han sobrepasado las fronteras de Francia para difundirse en todas las partes del mundo, en más de 100 países. San Vicente, es una idea que se ha transformado en acción al servicio de la humanidad. También tiene el derecho de tener su puesto en este lugar de intercambio multicultural de las Naciones.

Celebramos con una gran alegría los 400 años del comienzo de la opción de San Vicente de Paúl en favor de la caridad hacia el prójimo. En Châtillon-sur-Chalaronne, en 1617, Vicente se ha sentido confrontado en el momento de celebrar la Eucaristía ante el caso dramático de una familia en la que todos los miembros estaban enfermos. Él comprende entonces que no puede celebrar la misa sin ir primero hacia esos pobres que esperan una ayuda inmediata.

¿Qué hace? Pide a las damas que se encuentran junto a él que vayan a llevar ayuda a esta familia mientras él celebra la misa.

Así nace su primera obra de caridad, se podría decir su obra social. Ésta se ha realizado gracias a la aceptación de esas damas de buena voluntad dispuestas a aceptar su responsabilidad de ser humanas y cristianas.

San Vicente de Paúl, como todos los grandes santos, es un hombre como los demás. Él ha debido hacer una opción en un momento de su vida, una opción categórica para estar de acuerdo con la fe que predicaba a los otros.

Así, pues, este carisma comienza en Châtillon. El grano estaba sembrado. Y continuará germinando de la manera más bella a lo largo de toda su rica vida.

Nosotros conocemos la continuación: el Señor Vicente como se le llama suscitará por este carisma increíble la vocación de numerosos laicos, hombres y mujeres, dispuestos a ir a socorrer a los pobres. Todos los pobres sin distinción: los que se encuentran en su camino y los que le son enviados. Después de esta misión en compañía de los laicos, la tarea no está acabada (¡nunca lo estará!), se dispone a reunir sacerdotes, los que quieren seguirle en esta aventura, la más bella y noble que existe: acercarse al pobre, tenderle la mano, levantarlo, amarlo. No me extenderé sobre la galería maravillosa de actos de vida de San Vicente. Esas florecillas, nosotros las conocemos, su vida es muy conocida a partir de ese momento ¡los biógrafos y los eruditos han levantado tantos velos sobre esa vida! Quisiera solamente, en lo que a mí respecta, como misionero lazarista en Madagascar desde 1970, evocar este carisma de San Vicente de Paúl que tenemos, lazaristas o de otras congregaciones, queriendo vivir con los más pobres de nuestros hermanos y hermanas en Madagascar. Otros muchos hermanos misioneros por el mundo podrían también contar su historia, rica de enseñanzas para todos nosotros. Yo no traigo de mi parte otro testimonio que el compromiso de sacerdotes e Hijas de la Caridad, de todos aquellos de la Familia Vicenciana en Madagascar.

San Vicente de Paúl, en su vida, había soñado enviar sus primeros misioneros a Madagascar. Más allá de haberlo soñado, él lo realizó y sus primeros misioneros heroicos P. Nacquart y P. Gondrée llegaron en 1648 a Fort Dauphin, al sur de la gran isla.

Esta misión que San Vicente llevaba en su corazón, sabemos lo difícil que fue a causa del clima y del paludismo que diezaban a los misioneros durante unos 25 años que duró la misión en el siglo XVII. Verdaderamente, es necesario rendir homenaje a estos

primeros misioneros lazaristas que partían sabiendo que hacían un viaje sin retorno, pero que partían igualmente porque llevaban en su corazón el Evangelio de Jesús. Querían compartir este Evangelio con los más pobres de Madagascar y querían vivir el carisma de San Vicente de Paúl con un amor sin límites por los más pobres, en el más profundo respeto, imbuidos de una cercanía humilde y sencilla, para que fuera el amor y la gracia de Dios lo que se manifestara en primer lugar.

Nosotros somos hoy los herederos de esta misión iniciada en 1648. Después, la presencia de misioneros de la Congregación de la Misión se interrumpió durante un poco más de dos siglos (1675-1895).

El regreso de los hijos de San Vicente de Paúl en 1896 fue un nuevo desafío asumido con mucho coraje y fe. La parte sur de Madagascar ha sido confiada así a la Congregación de la Misión para la animación espiritual y la creación de varias diócesis: Fort Dauphin, Farafangana, Ihosy, Tulear y Merobe.

Los sacerdotes misioneros y las Hijas de la Caridad han trabajado allí con amor, abnegación y fe. Han vivido al lado de la población y han experimentado todos los males que ha sufrido el pueblo malgache: es decir, el paludismo, la esquistosomiasis, la parasitosis, la tuberculosis. Vivían también con un régimen alimenticio modesto y muy pobre, todo como las gentes a las que consagraban su vida.

Esta presencia de misioneros de San Vicente de Paúl fue de una importancia decisiva para el desarrollo del sur de Madagascar, cuando esta región permanecía la más subdesarrollada, con hambres periódicas debidas a la hostilidad de su clima, la falta de lluvia, de agua potable, de infraestructuras más elementales: ninguna carretera asfaltada creada, por ejemplo, un acceso hacia el sur, y es así que el sur ha vivido siempre en autarquía, escindida del centro de la isla que hasta hoy, ha sido siempre más afortunada.

Con toda su buena voluntad, los misioneros, sacerdotes e Hijas de la Caridad han hecho todo lo que han podido en esta región hostil desde todos los puntos de vista.

Una de sus grandes dificultades consistía en el trabajo de acercamiento a las tribus de esta región. Era preciso ayudarles a comprender que comenzaba una nueva era, que se trataba de responder a las necesidades de sus hijos, de toda su juventud, de hacerles tomar conciencia de que algunas de sus supersticiones y costumbres ancestrales paralizaban su propio florecimiento.

Naturalmente, los misioneros antiguos no han dudado en sumergirse en cuerpo y alma en esta rica cultura malgache de solidaridad y de ayuda mutua, pero también se atrevieron a decir a sus hermanos malgaches que cualquier tribu, cualquier pueblo, debe abrirse a un porvenir mejor. Una prueba entre tantas otras, del sufrimiento de este pueblo del sur de Madagascar, era la muerte prematura. La de los niños, de las madres y de los padres.

En 1970, cuando yo llegué a Madagascar, la edad media de los habitantes era de 42 años. Esa era la consecuencia de una mala respuesta a los problemas de la salud primaria, al hecho de que muchos de sus niños jamás eran vacunados; a consecuencia de eso, eran diezmados por las enfermedades. A lo que había que añadir las epidemias generadas por el consumo de agua contaminada.

Hoy, yo quisiera rendir homenaje a todos esos misioneros que, con los débiles medios de su época, han ido a ayudar, movidos por la fe y el amor a sus hermanos malgaches y cantar juntamente con ellos la alabanza del Dios-Amor. Pero, desgraciadamente, estaban menos “armados” cuando se trataba de hacer algo para ellos, de enfrentarse a los problemas de destrucción, las enfermedades crónicas como las diarreas crónicas, la tuberculosis o el paludismo.

Nuestros misioneros mayores, nuestros precursores, han ido a visitar las aldeas en la selva, a pie, la mayor parte del tiempo, como todo el mundo, o bien en piragua. Esto les ha acercado mucho a las gentes, les ha ayudado a hacerse entender, comprender y amar. Esas personas, nuestros hermanos y hermanas, han terminado por ver en el sacerdote, en la religiosa, incluso si eran de origen extranjero, el anuncio de un progreso, de una evolución, de una forma de fraternidad que ellos no habían conocido hasta entonces.

A los misioneros, apenas llegaban a su aldea, les pedían que les enseñasen a orar, a curarse, a dar lecciones a sus hijos, porque esos hermanos malgaches alimentaban el deseo, a la vez profundo y a veces secreto, de tener uno de esos dispensarios mantenido por religiosas y una escuela para enseñar a sus hijos a leer y escribir.

La Experiencia de Akamasoa

Después de haber rendido homenaje a todos esos misioneros audaces, quisiera evocar la experiencia que hemos comenzado hace 27 años en Tananarive. Cuando yo fui nombrado por mi congregación como director del estudiantado de San Vicente de Paúl en Soavimbahoka, me tocó la responsabilidad de acompañar y de formar a una quincena de jóvenes postulantes a sacerdotes malgaches para nuestra congregación. La pobreza que yo he visto enseguida en Tananarive me ha impresionado. No podía creer lo que veían mis ojos.

Y es entonces cuando yo he propuesto con toda sinceridad a nuestros futuros sacerdotes de la Congregación de la Misión comenzar a vivir sin esperar más, en el transcurso de esos diez años de formación, el carisma de San Vicente de Paúl, de ver en cada pobre el rostro de Cristo. Eso no se podía aprender en los libros, ni en los cursos de filosofía de la facultad, sino en el contacto real y concreto con los pobres que nos rodeaban.

Un día yo descubrí el horror, viendo el vertedero donde tantos niños y familias pobres intentaban sobrevivir seleccionando los desechos y las basuras de la ciudad. Del mismo modo, era insoportable verlos sobrevivir en esos “abrigos de fortuna” en los que se apiñan con sus hijos. Eso me ha sido insoportable, aceptar la tragedia de todas esas familias olvidadas y excluidas. Es a partir de ese electrochoque que yo he querido responder con una acción concreta, con el fin de ayudar a esas familias a salir de esa miseria.

He hablado a los jóvenes laicos que conocía en Madagascar, que reunía regularmente y que estudiaban en la universidad. También pedí a nuestros seminaristas participar en sus reuniones los sábados y los domingos, de ir a visitar con nosotros a esas personas que sufren bajo nuestros ojos: las personas más pobres de entre los pobres, esas personas olvidadas, excluidas de nuestra sociedad, esos traperos que viven a lo largo de las vías en el centro de la ciudad, esas familias que sobrevivían alrededor del vertedero en Andralanita.

Sin dinero, sin ningún apoyo logístico de ninguna clase, sin ninguna ayuda internacional, pero con la pasión y la convicción de que la pobreza no es una fatalidad, hemos comenzado, paso a paso, a construir nuestro plan y nuestra forma de luchar contra esta extrema pobreza con absoluta sencillez, algo que sorprendía, evidentemente, a más de uno de los expertos, famosos en desarrollo integral.

Esta experiencia, nosotros la hemos comenzado sin dinero, sin ningún medio, pero con la fe y la convicción de que Dios no olvida a sus hijos y a las familias más pobres.

Como sacerdote de la Congregación de la Congregación de la Misión, éste era mi sencillo deber humano y espiritual, la llamada de mi fe para tender la mano a este pueblo excluido, habitante de la calle y del vertedero, para intentar mejorar su vida y ofrecerles un poco de esperanza y de fraternidad. Así es como nosotros hemos comenzado este servicio, que finalmente ha llegado a ser un desarrollo integral, porque era necesario responder a las distintas necesidades de su vida.

Hemos comenzado por una acogida dedicada a los sin hogar. Después, se hizo la construcción de viviendas un poco más dignas que las casuchas frágiles donde ellos habitaban antes en la calle, los primeros cuidados para una población ya muy debilitada y la garantía de poder dar un mínimo de una comida diaria a los niños. Además, hemos comenzado a crear empleos para los padres, ya que hemos sido claros desde el comienzo, en esta aventura comunitaria, precisando que no caeríamos nunca en el asistencialismo, sino que se conseguiría y se comenzaría una vida más digna gracias al trabajo, a la escuela y a un reglamento interno, una especie de disciplina comunitaria para aprender a vivir juntos sin violencia.

Así hemos abierto una cantera de granito donde centenares de obreros han comenzado a enfrentarse a la montaña. Para los niños, hemos construido salones de clase para que se los pueda comenzar a educar.

Paralelamente, hemos emprendido la dotación de nuestra tierra, construyendo nuevas viviendas porque se trataba de las necesidades más urgentes, con un centro de salud y un dispensario. Hemos comenzado a crear, igualmente, pozos y una red de distribución de agua potable, construyendo buenas fuentes, que son de una gran garantía para una buena salud. También hemos iniciado trabajos de saneamiento gracias a la creación de vías de acceso, de conductos para las aguas negras y las aguas de lluvia, sin olvidar la construcción de centenares de letrinas para mejorar la higiene y la salubridad.

Al mismo tiempo, hemos iniciado, con nuestros niños de la escuela, la plantación de árboles sobre una colina que estaba desierta. Enseguida hemos sensibilizado a los niños con relación al medio ambiente, a los árboles y a las flores.

También nos hemos visto obligados a formar nuestros propios grupos de seguridad, en un poblado donde la inseguridad crecía de año en año, para velar sobre la totalidad de todos nuestros habitantes.

Tres veces hemos sido atacados con armas de guerra... Hoy, para nuestros 13.500 niños escolarizados y sacados de la calle y de un vertedero, hemos debido construir estructuras deportivas que por otra parte benefician a niños de escuelas públicas o escuelas privadas del entorno.

También hemos creado lugares de oración, de recogimiento, de retiro para grupos de jóvenes o para parroquias enteras que nos piden el uso de esos hermosos lugares que se encuentran en las alturas de Akamasoa, especialmente para los periodos previos a la Navidad y la Pascua.

Pero eso no es todo. Nuestros difuntos no han sido olvidados. Hemos construido cuatro cementerios ya que la muerte está muy presente entre esta población pobre y frágil, pero el hecho de haber enterrado a los pobres con amor, y respetando la cultura de sus antepasados, alimenta la confianza en esta aventura para salir de la miseria.

Todos estos proyectos se realizan al mismo tiempo. No se puede fragmentar la vida de una persona en pequeños trozos: el cuerpo humano y el espíritu que lo habita no forman sino una unidad. Es así que, ocupándonos de sus cuerpos, han sido más receptivos para los consejos humanos, espirituales y de sabiduría ancestral que compartimos con ellos.

En Madagascar existe este proverbio fuerte y profundo: *“Es el espíritu el que hace a la persona”*. Este proverbio está escrito en piedra de granito en el lugar donde yo resido, muy cerca de la capilla donde se tiene una oración todas las tardes en compañía de numerosos niños. En ningún momento hemos olvidado ni el cuerpo ni el espíritu. De todos estos trabajos, de todos estos esfuerzos, hablan numerosos libros con mayor precisión, pero yo quisiera preguntarme hoy con ustedes aquí presentes, y con toda nuestra Familia Vicenciana en todo el mundo ¿cuáles son los desafíos que todavía tenemos que afrontar hoy para estar a la escucha de los más pobres, descubrir los nuevos rostros, identificar los nuevos pobres en cada uno de los países donde vivimos?

Quizás deberíamos comenzar todos nosotros a hacer una descripción de los lugares de injusticias que arrojan a millones de gentes en la pobreza. Después, comprender las causas de esas injusticias para identificar bien las soluciones que se deben poner en marcha. Y, finalmente, decidir actuar para cambiar las estructuras y los sistemas que han producido esta miseria. Es ahí, precisamente, donde nuestra comunidad ha aportado su colaboración capital a la comisión del Cambio Sistémico.

Debemos pensar en el desafío que nos plantean los millones de niños olvidados en las calles de las grandes urbes en todo el mundo.

También debemos aceptar hacer una reflexión sobre la falta de respeto, de dignidad con relación a las mujeres en tantos países de nuestro mundo. La mujer es siempre explotada y oprimida, y es ella con frecuencia la primera fuerza en la familia para educar, cambiar la mentalidad y salir de la pobreza.

Nosotros tenemos que humanizar esos lugares de sufrimiento donde las personas permiten la decadencia de su espíritu, ya que la droga, la prostitución, el alcohol, son prisiones despiadadas que asesinan el alma. Humanizar estos lugares de desesperanza resulta difícil y con frecuencia uno se siente desarmado e impotente. Pero, como cristiano, como miembro de la familia Vicenciana, con el Evangelio en nuestra mano, no deberíamos nunca ceder al pánico, a la desesperanza o a la impotencia. El espíritu de Cristo que habitó en San Vicente de Paúl nos hablará y despertará siempre a nuestras responsabilidades.

Estas son ciertamente las nuevas orientaciones y sugerencias dadas por la última Asamblea General en julio de 2016, en Chicago, con la elección de nuestro nuevo Superior General, que inmediatamente nos ha invitado a seguir el carisma de San Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac.

Crear oasis de esperanza, esto puede ser quizás un primer acercamiento a una solución global a la miseria y a la desesperanza, porque no se podrá cambiar jamás todo de una vez, tratándose de una gran ciudad o para toda una sociedad, pero nosotros podemos crear poco a poco, por todas partes esos pequeños oasis donde las personas puedan encontrar de nuevo la dignidad, la alegría de vivir en la verdad, la justicia y la fraternidad.

A causa de esta conmoción cultural y de esta rapidez increíble del progreso científico y tecnológico que nos empuja y a veces nos desorienta, nosotros debemos unirnos, reaccionar juntos como una familia, la Familia Vicenciana, y buscar, en primer lugar, el sentido en nuestras vidas, identificar los objetivos concretos, y después realizar los gestos y las acciones que puedan servir inmediatamente a los pobres y también a la juventud de nuestro tiempo. Para esto, debemos inspirarnos en el Evangelio y en la espiritualidad como también en las acciones concretas realizadas por San Vicente de Paúl. Hoy disponemos de un conocimiento mucho más grande que el de nuestros predecesores en todos los ámbitos. Tenemos también más libertad de acción y muchos más medios que en otros tiempos para acercar, escuchar y ayudar a todos aquellos que se encuentran fuera de la comunidad humana en sentido amplio (por ejemplo los drogadictos, las prostitutas, los terroristas, los fanáticos de todas las periferias, todos los heridos de la vida que lo han perdido todo).

De cara a este enorme desafío que nos cae encima, debemos ciertamente reflexionar juntos, es decir, debemos reunirnos, evitando sin embargo caer en el impase de la “reunionitis” que impide el compromiso y las decisiones concretas y eficaces para los que nos necesitan, para ayudarles a salir de su extrema pobreza. En lo que a mí concierne, puedo decirles sin error: ¡mi oficina es la calle! Allí donde encuentro un pobre, yo puedo y debo encontrar sobre el terreno, la solución que conviene.

Cada acción decidida en común debe ser seguida inmediatamente de un efecto que se manifieste en la vida real. ¿Cómo es posible que tantos informes bien organizados, presentados en un lenguaje perfecto, aceptados de común acuerdo, terminen en un cajón? La verdad es que, a pesar de lo que algunos osan afirmar, la pobreza no retrocede; por el contrario, progresa tanto en las ciudades como en el campo. Conocemos las enormes olas invasoras de pobreza que asolan el planeta entero, los niños enfermos, hambrientos y sin instrucción, los padres completamente desorientados y sin trabajo, sin la mínima seguridad para garantizar la vida de sus hijos, los ancianos tan abandonados que sólo esperan: una muerte que los libere. Hagamos un balance y miremos de frente la realidad. Hay un abismo enorme entre las personas que luchan sobre el terreno contra la pobreza y aquellas que están en las oficinas observándola... desde lejos. Este abismo, es la distancia que separa a los que día a día trabajan sobre el terreno con los pobres y los que delante de su despacho compilan números y dan orientaciones y directivas. ¿Podrá llenarse algún día este abismo? Con todas mis fuerzas y con toda mi alma yo quiero creerlo y sé también que esto será muy difícil. Pero, tengo una certeza: este abismo nunca será rellenado si nosotros, Lazaristas, Hijas de la Caridad y Familia Vicenciana, no tomamos la iniciativa de cambiar las ideas, las líneas y los conceptos de los burócratas y tecnócratas.

Sí, yo digo ciertamente, que, ahora, con la fuerza más grande del alma, del espíritu y del corazón, tenemos que empujar las bellas ideas formuladas con relación a la pobreza y el desarrollo.

Nosotros no tenemos la pretensión de empujar solos esta inercia enfermiza. Por consiguiente, nosotros, Familia Vicenciana, descendiente del mensaje y de las acciones de un santo tan pragmático, realista y eficaz, nosotros somos los primeros en poder hacer más, todo como lo decía San Vicente de Paúl. Somos guiados a anunciar el Evangelio a los más pobres y de una manera efectiva. Quizás sea esta la nueva evangelización de la que tanto se habla.

El Evangelio no es propiedad de los bautizados. Hay en todas partes personas de buena voluntad, creyentes y no creyentes, y hay también tantas personas eminentes de otras religiones en el mundo que luchan y comparten esos mismos valores para la defensa de la dignidad humana. Debemos trabajar todos juntos.

Como Familia Vicenciana que somos, en nombre de Cristo y de nuestro carisma particular, según los talentos de cada una de nuestras ramas y de cada uno de nosotros, tenemos un deber de injerencia en las esferas que tocan la vida de los pobres, sea en la política económica o a nivel de los problemas sociales más elementales. No tenemos derecho a permanecer silenciosos. Seríamos cómplices. Debemos igualmente interrogarnos sobre las causas de la persistencia y el agravamiento de la pobreza en la mayoría de nuestros continentes. Deberíamos oponernos con todas nuestras fuerzas a la resignación de todo pobre, sea quien sea, porque esta resignación es la tentación más solapada a la que él sucumbe, por falta de contacto humano, amistoso y fraterno. Es así como él se hunde todavía más en la miseria. Todos tenemos en nuestra memoria las recomendaciones del Papa Francisco que nos invita a involucrarnos en las periferias.

Queridos hermanos y hermanas, creo en efecto que es urgente que tengamos palabras y acciones constructivas, que adelanten nuestras misiones respectivas sobre el terreno para llevar alto y fuerte la Buena Nueva ante las conciencias de los responsables económicos, sociales y políticos que amenazan, con su indiferencia, inacción y lentitud, enormes catástrofes humanas.

En conclusión, para trabajar juntos deberemos impregnarnos del amor fraternal de Cristo que ha deseado que seamos todos hermanos y hermanas y que nuestro amor, nuestra humildad, nuestra amistad fraterna, hablen al mundo, y sean el signo de pertenencia a la misma familia humana y espiritual: la de San Vicente de Paúl. Ese santo, que hace ya 400 años, era un pionero revolucionario en nombre de la justicia por el trabajo y la oración.

Traducido del francés por Félix Álvarez Sagredo, C.M.